



Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Lecturas psicoanalíticas sobre el concepto Cuerpo. Aproximaciones teóricas

Modalidad de presentación: Investigación bibliográfica

Autor: Allende, Ana Laura

Legajo: A – 1771/0

DNI:35.115.047

Mail: allendeanlaura@gmail.com

Docente responsable: Zenón, Pablo

Docente de TIF: Bourband, Luisina

2025

Índice

Resumen	3
Palabras clave:	3
Introducción	4
Objetivos	5
Desarrollo	6
Primer apartado: La cuestión epistemológica.	6
La noción de cuerpo desde una mirada médico – clínica.	6
De este otro cuerpo pulsional	6
El cuerpo desde lo real, simbólico e imaginario	8
Segundo apartado: Cuerpo y época	12
El cuerpo en el despertar adolescente	12
Su encuentro con los otros cuerpos	13
El cuerpo del adolescente en la actualidad	14
Tercer apartado: El cuerpo en el dispositivo analítico	16
Función de sostén y desecho	16
Entre la ignorancia y la indignidad	17
Presencia del analista como superficie de escritura.....	18
Conclusiones	20
Referencias bibliográficas	23

Resumen

La presente investigación bibliográfica tiene como finalidad abordar el modo de conceptualización de la noción de cuerpo como estatuto desde el psicoanálisis tomando las construcciones teóricas de Sigmund Freud y de Jacques Lacan. De este modo, el objetivo principal se enmarca en el análisis y la relevancia de esta problemática. A su vez, se realiza una tesis panorámica para dar respuesta al problema planteado, tomando autores referentes del psicoanálisis.

El trabajo con las histéricas le proporcionó a Freud la oportunidad de descubrir un cuerpo distinto del de la medicina, campo desde el cual parte. Para ello, Silvia Amigo y Juan David Nasio, ambos autores de urdimbre lacaniana, son orientadores en este recorrido.

Se describe este otro cuerpo para el adolescente y sus implicancias en la época actual haciendo hincapié en las ideas de Sergio Zabalza y, por último, el cuerpo en la escena analítica para lo cual se sirve de los aportes de Omar Amorós. De ello, se deriva el interrogante sobre la posibilidad de llevar a cabo un tratamiento psicoanalítico haciendo uso de las nuevas tecnologías. El psicoanalista lacaniano Jorge Chamorro arroja luz sobre el meollo de la cuestión.

Palabras clave:

Cuerpo – Psicoanálisis – Adolescencia – Presencia del analista – Virtualidad

Introducción

El cuerpo se encuentra en el centro de la experiencia analítica, no podemos prescindir de él, pero ¿de qué cuerpo se trata? Se toman los aportes de Michel Foucault (2014) situados en *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica* para deslindar la noción de cuerpo de la medicina de la noción de cuerpo para el psicoanálisis. Para Freud, el cuerpo es pulsión. Para Lacan, el cuerpo es lenguaje. Modos de habitar un cuerpo y modos de concebir un cuerpo dará implicancias en el trabajo analítico.

La noción de cuerpo dista del sentido común y por tal motivo se hace menester diferenciarlo del cuerpo de la medicina. Esta es una disciplina que según Foucault (2014) se ocupa del cuerpo en tanto organismo, conjunto de órganos revestidos por un órgano aún mayor que los restantes, la piel. Entender el cuerpo como organismo implica, también, un modo de abordaje derivado de la concepción de enfermedad y de síntoma. ¿Cómo la medicina trata la enfermedad? ¿Qué pasa con la noción de síntoma? Nuevamente se ingresa en el campo de la diferencia, no se hace uso del sentido común y se establece que el síntoma para la medicina busca ser eliminado; en tanto que, en psicoanálisis el síntoma posee un sentido, se trata de hacerlo hablar y a partir de allí, se instala la dimensión de la escucha.

La relevancia del problema de investigación reside en la vigencia del término en el campo psicoanalítico. La noción de cuerpo adquiere particular importancia en tanto es un concepto central que permite pensar otros conceptos nodales del edificio teórico propio del psicoanálisis. La idea del cuerpo como el origen y el depositario de los síntomas. La idea del cuerpo como el elemento más fundamental para pensar la clave de los padecimientos con los cuales se trabaja en el psicoanálisis, léase, el cuerpo en las psicosis, en las enfermedades psicosomáticas, en la sensación de angustia que desborda al yo, en la elaboración de un duelo, en la adolescencia en el encuentro con el otro, y con el propio cuerpo que se presenta ahora con cierta extrañeza, el cuerpo como mercancía, el cuerpo como un bien de consumo, las autolesiones como el denominado *cutting*, las adicciones, entre otros tantos padecimientos subjetivos, donde el cuerpo es lo que se pone en juego en el sufrimiento, justifican una revisión de dicha noción que enmarcada en una teoría orienta el modo de abordaje de quien sufre.

En lo que a antecedentes se refiere Amigo (2019) y Nasio (2008), ambos autores lacanianos sitúan en sus obras citadas en el presente trabajo lo real, lo simbólico y lo imaginario en relación al cuerpo y el anudamiento de los tres registros en lo que Lacan llama el nudo borromeo.

Por su parte, Zabalza (2018), afirma que el cuerpo del adolescente encarna un extrañamiento que es traducido en el cuerpo social.

En ese sentido, Ons (2018) desde la perspectiva del cuerpo, ofrece una visión de las nuevas subjetividades.

Por otro lado, Amorós (2017) ubica al analista como aquel que propicia nuevas inscripciones para las que presta su cuerpo en la transferencia.

En consonancia, Chamorro (2024) reconsidera la importancia de la voz y de la escucha en la transferencia y pone de relieve a la interpretación en relación a la ausencia de la presencia. Ausencia a la que se ha sido obligado por la contingencia que implicó la pandemia de COVID – 19.

En síntesis, la originalidad del presente trabajo reside en efectuar un recorrido que abarque la complejidad del concepto Cuerpo y sus implicancias en la práctica analítica, interrogándonos acerca de su presencia cuando se encuentra en una supuesta ausencia.

Objetivos

Objetivo general

Reflexionar acerca del estatuto de la noción de cuerpo en psicoanálisis y sus implicancias en la práctica.

Objetivos específicos

- Explorar la categoría cuerpo desde la medicina y el psicoanálisis para dar cuenta de qué es aquello que se inscribe en el soma biológico para que adquiera estatuto específicamente humano.
- Describir la incidencia de lo epocal y sus posibles efectos sobre el cuerpo del adolescente.
- Indagar sobre la presencia del cuerpo en la escena analítica en la actualidad en tiempos de virtualidad.

Desarrollo

Primer apartado: La cuestión epistemológica

La noción de cuerpo desde una mirada médico – clínica

Desde sus orígenes, la medicina ha tomado como punto de referencia a la anatomía; consecuentemente, el cuerpo ha sido estudiado desde el punto de vista de un organismo biológico. El método de investigación aplicado por este campo del saber es el estudio del cadáver y del hombre vivo a través de la exploración de los síntomas que presentan los enfermos (Foucault, 2014). Mediante el mencionado procedimiento se realiza una lectura clínica de fenómenos enmarcados en alguna categoría nosológica. Es, en el siglo XVIII, donde se ubica que el acto fundamental del conocimiento médico era situar un síntoma, en una enfermedad determinada.

Dicha enfermedad debía ser enmarcada en un conjunto específico, y a continuación se orienta a éste en el interior del plano general del mundo patológico, es decir, se busca en el conjunto de signos un diagnóstico que permita prescribir su correspondiente tratamiento. De este modo, se observa que se destaca la dimensión de la mirada, instrumento privilegiado de la medicina moderna del S. XVIII (Foucault, 2014).

En *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*, libro publicado por Michel Foucault en el año 1963 se concibe a la clínica como un dispositivo histórico y se la caracteriza como una clínica de la mirada. De esta manera, el autor señala que, “cuando reflexiona sobre sí misma, identifica el origen de su positividad a una vuelta, más allá de toda teoría, a la modestia eficaz de lo percibido” (p 11).

Comprender la mutación del discurso implica interrogar más allá de los contenidos temáticos, sino que es necesario recurrir a esa región en la cual las palabras y las cosas se pertenecen en el plano del lenguaje, manera de ver y manera de decir. (Foucault, 2014, p.12)

No se trata, entonces, de un simple ojear sino, de una relación nueva entre las palabras y las cosas, se trata de un dispositivo que permite ver de un modo inédito.

De este otro cuerpo pulsional

Siendo un joven neurólogo, Freud descubre, gracias al trabajo con quien fuera su maestro, Jean Martín Charcot, la formación del síntoma conversivo en aquellas pacientes histéricas aquejadas de dolencias físicas sin causación orgánica.

En *Estudios sobre la histeria*, libro publicado por Freud en el año 1895, se ubica el caso de Elisabeth Von R; caso paradigmático que da cuenta del lugar privilegiado que los síntomas histéricos ocupan en el edificio teórico del psicoanálisis, se puede afirmar que éste asienta sus bases sobre el hecho de que el cuerpo comienza a hablar, y que Freud presenta una disposición a escuchar lo que el síntoma tiene para decir.

En otras palabras, este síntoma alojado en el cuerpo de la enferma tiene un sentido a descifrar y se entrama con el vivenciar del enfermo. El síntoma conversivo implica la representación en el cuerpo de un conflicto psíquico. Se observa de este modo, cómo la histeria presenta ese salto enigmático desde lo anímico a lo corporal.

Ahora bien, el concepto de cuerpo se ha visto tradicionalmente opuesto al del psiquismo. Sin embargo, Freud a través de la histeria, cuestionó este dualismo. Se sitúa en relación a esto el concepto de pulsión como un concepto límite entre lo anímico y lo somático.

En *Pulsiones y sus destinos*, Freud (1979) afirma lo siguiente:

La “pulsión” nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal. (p.117)

La pulsión, *Trieb*, designa entonces:

La representación psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del “estímulo”, que es producido por excitaciones singulares provenientes de afuera. Así, pulsión es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal. (Freud, 1979, p. 153)

Noción que permite decir, que con Freud se descubre otro cuerpo. Un cuerpo que no es el organismo, que no se rige por las leyes de la naturaleza, que no posee instinto. El cuerpo que se considera en el psicoanálisis, tiene que ver con la pulsión, porque es un cuerpo pulsional. La pulsión es el concepto fundamental para entrar a despejar el misterio del cuerpo.

Otro cuerpo, un cuerpo objeto de la libido. Durante el estadio del narcisismo el individuo reúne sus pulsiones sexuales en una unidad, hasta ese momento, éstas se satisfacían en forma autónoma, esto quiere decir que, obraban de forma independiente unas de otras, con el fin de conquistar un objeto de amor y ese primer objeto de amor que toma es él mismo, su propio cuerpo, esto ocurre antes de pasar a elegir a otra persona como objeto de amor (Freud, 1979). Se sitúa al narcisismo, entonces, como un momento intermedio entre el autoerotismo pulsional y la elección de objeto.

Es en *Introducción del Narcisismo* (1979) donde Freud escribe:

Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el yo se constituya. (p.74)

Es de este modo, que Freud da cuenta del cuerpo a partir de la constitución del Yo, planteando que el Yo se constituye como una instancia psíquica que se forma a partir de dos momentos: el autoerotismo y el amor objetal, es decir, así como el cuerpo debe construirse, lo mismo ocurre con el Yo.

En relación a esto, Amigo (2019) señala que:

Antes de este “nuevo acto psíquico”, el cuerpo no tiene ninguna idea de su unidad, ninguna idea de ser uno. Y un cuerpo que no es vivido como uno, no se puede contar como separado del campo del Otro. De allí la importancia del narcisismo. (p. 239)

En *El yo y el ello*, obra publicada en 1923, Freud (1979) sostiene:

El cuerpo propio y sobre todo su superficie es un sitio del que pueden partir simultáneamente percepciones internas y externas. Es visto como un objeto otro, pero proporciona al tacto dos clases de sensaciones, una de las cuales puede equivaler a una percepción interna. La psicofisiología ha dilucidado suficientemente la manera en que el cuerpo propio cobra perfil y resalto desde el mundo de la percepción. También el dolor parece desempeñar un papel en esto, y el modo en que a raíz de enfermedades dolorosas uno adquiere nueva noticia de sus órganos es quizás arquetípico del modo en que uno llega en general a la representación de su cuerpo propio.

El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie. (p.27)

De acuerdo con Freud (1979) el yo deriva de sensaciones que son corporales, sobre todo, de aquellas sensaciones cuya fuente está en la superficie del cuerpo. Entonces, el yo puede considerarse, así como una proyección mental de la superficie del cuerpo, pero, además, el yo representa la superficie del aparato mental.

Retomando las consideraciones iniciales, se destaca la importancia del descubrimiento freudiano, a saber, que el síntoma neurótico tenía una íntima relación con el cuerpo, estableciendo en un comienzo, que la causa de aquello que afecta al cuerpo se encuentra de este modo en lo psíquico.

El cuerpo desde lo real, simbólico e imaginario

En *Mi cuerpo y sus imágenes*, puede leerse que el cuerpo que le interesa al psicoanálisis es el cuerpo tal como es amado o rechazado, tal como es inscripto en la historia de cada uno y tal como es implicado en el intercambio afectivo, sensual e inconsciente con otros, es decir, que el cuerpo que le interesa es el cuerpo tal como es vivido, tal como es interpretado y tal como es fantaseado. En la vida afectiva y en la cura analítica, el cuerpo y la imagen o, el cuerpo y el fantasma son uno, son indisolubles (Nasio, 2008). Siendo esto así, se puede entender el cuerpo fantaseado desde un punto de vista lacaniano según las tres dimensiones de lo real, lo imaginario y lo simbólico: cuerpo real, cuerpo imaginario y cuerpo simbólico.

El cuerpo real como cuerpo de las sensaciones, cuerpo de los deseos y cuerpo del goce.

Sensación, deseo y goce son las intensidades crecientes de un cuerpo que calificamos como real; real, no porque sea sólido y palpable, sino porque la vida que está en él, esa efusión permanente, continúa siendo, para nosotros, un misterio impenetrable. La vida es tendencia, y la esencia de una tendencia se nos escapa y siempre se nos escapará, ya que lo sustancial de toda tensión viviente es nuestro real inaccesible al conocimiento, imposible de simbolizar. Lo real es lo absoluto que existe en sí y se sustrae a todo saber. (Nasio, 2008, p.77)

De ello se deriva que “para Lacan, el cuerpo real sería nuestro cuerpo gozante” (Nasio, 2008, p.158). Esto implica según el autor que, cualquiera sea la manera en que goce es algo que corresponde únicamente a un cuerpo.

De este modo, así como el cuerpo real es el cuerpo sentido, el cuerpo simbólico es el cuerpo simbolizado, símbolo en sí mismo y significante y el cuerpo imaginario es el cuerpo visto, es aquel cuerpo que aparece en el espejo, es decir, la apariencia del cuerpo y la imagen del espejo es lo que llamamos Imagen especular (Nasio, 2008).

Es en *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*, comunicación presentada en el año 1949, donde se sostiene lo siguiente:

Basta para ello comprender el Estadio del espejo *como una identificación* en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, cuya predestinación a este efecto de fase está suficientemente indicada por el uso, en la teoría, del término antiguo *imago*. (Lacan, 1985, p.87)

En relación a esto, Nasio (2008) indica que el modelo con el que se identifica el niño entre los seis y los dieciocho meses de edad, no es sino, el de su propia imagen, “el niño del espejo está allí, delante de un modelo que no es otro que él mismo” (p.87).

En la fase del estadio del espejo se forma la matriz del yo, yo ideal, matriz de la imagen de sí mismo, momento inaugural que se festeja con júbilo al decir de Lacan (1985),

El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrecito en ese estadio *infans*, nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo (*je*) se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto. (p.87)

De esta manera, se obtiene un cuerpo unificado. Este cuerpo que retorna de la imagen en el espejo da la ilusión de completud, de unidad del cuerpo. En concordancia con esto,

Según Lacan, la imagen del espejo, paradigma de toda imagen visible del cuerpo, cautiva al niño dándole la impresión de que es una entidad de forma humana y distinta de las otras figuras reflejas: primer esbozo del yo, y dándole la impresión de que es un todo homogéneo: primer esbozo de *sí mismo*. (Nasio, 2008, p.89)

Es en este sentido que si el yo implica sentirse uno mismo en un cuerpo que tiene necesidades y deseos y que además es el resultado de una historia singular es que Nasio (2008) enseña lo siguiente, “Si el yo es una afirmación, la afirmación de ser uno, el *sí mismo* es un sentimiento, el sentimiento de ser uno mismo” (p.84).

Durante el Estadio del espejo, tiene lugar, no sólo la primera identificación del niño con la imagen de su cuerpo, de un cuerpo percibido en su *Gestalt*, capturado en cuanto identidad y unidad, sino que se produce además la primera identificación con la imagen de un semejante tan humano como él. (Nasio, 2008, p.88)

Ahora bien, el autor refiere que la relación que se establece entre el niño y la imagen especular se encuentra condicionada por la presencia del Otro, el bebé al encontrarse con su propia imagen reflejada en el espejo, buscará afirmación y calma en el adulto acompañante. “Este gesto de volver la cabeza (...) revela que la relación del sujeto con el espejo nunca es dual, sino que es triangular. Siempre hay tres protagonistas: el niño, su imagen y el adulto que lo sostiene” (Nasio, 2008, p.87).

En el libro *Clínica de los fracasos del fantasma* se lee lo siguiente,

Allí donde Descartes había negado a la *res pensante* cualquier intersección con la *res extensa*, Lacan va a reabrir la frontera indicando una vital zona de cruce.

A diferencia de René Descartes, filósofo; Lacan, psicoanalista, señala y subraya que el ingreso al campo del Otro es libidinal. Entonces, entro a ese campo ahí donde no pienso, porque los significantes son del Otro y yo no puedo pensar. Entro haciéndome objeto del Otro. (Amigo, 2019, p. 104)

A este respecto, es menester mencionar que, para ingresar al campo del Otro como objeto se necesita que al Otro le falte algo. Es eso a lo que Lacan denomina “pasaje al acto de la alienación” en el cual el bebé se arroja, *sin pensar*, al campo del Otro. El pensamiento necesita un punto que no piense. Pero, además en este movimiento que implica dicho pasaje, se requiere de alguien corporal y entonces, la *res extensa* toma un papel importante (Amigo, 2019).

Así mismo es que, la autora señala que, en el esquema de alienación – separación, queda planteado que la salida de esta alienación llega cuando el niño puede conjugar el “yo pienso” para interrogar el campo mismo del Otro. “¿Qué quieres? ¿Qué *me* quieres? “; y entonces, refiere Amigo (2019) que, porque piensa es justamente que va a tratar de localizar

cuál es el vacío, “dado que una cosa es vivirlo en lo real de su zambullimiento y otra es situarlo con una marca” (p.105). Agrega, además que, por reiteración de la pregunta a la madre, es decir, al Otro, es que el sujeto infantil va a ubicar un rasgo que se caracterice por ser común a las demandas de ésta. Ahora bien, cuando se logra desgajar un trazo que haga borde al vacío, se sale de la alienación logrando, de este modo, la separación. Ese trazo localizado lo que constituye es un uno, un trazo unario, una marca del deseo del Otro.

Esa marca es *una clase de uno*, uno que se llama *unario*. Allí donde simbólico y real, *res extensa* y *res pensante* en Descartes se disyuntaban, se articularán *por el uno* dibujando la frontera donde se articulan y cubren dos carencias. Deberá recubrirse el vacío real que le dio lugar al niño, con la falta del niño por nacer al lenguaje, por ser un ser de lenguaje que no se puede autoabastecer como un ser de la naturaleza. Así, los registros se articulan entre sí a través de sus agujeros, si estos están señalizados por el trazo. Si no hubiera agujero no se podría pasar un hilo sobre otro para tejer, bordar la estructura. (Amigo, 2019, p. 105)

El uno está en el lenguaje. Lacan incluye *otro uno*, uno de otra textura, aquel uno que me hace *un* cuerpo. En otras palabras,

El sujeto se inscribe, por el uno unario, en el campo del Otro; mientras el yo se refleja como *un* cuerpo en el campo del Otro. El sujeto, que en el inicio vino de lo real, logrará inscribirse en el campo del Otro mediante su unario. (Amigo, 2019, p. 110)

De lo dicho anteriormente se explicita, que el cuerpo simbólico es aquel que antecede de forma lógica a la constitución del cuerpo, y es su condición de posibilidad. Entonces, es necesario que el lenguaje sea haga *cuerpo* de lo simbólico.

En *Clínicas del cuerpo: lo incorporal, el cuerpo, el objeto a*, Amigo (2018) refiere que tanto Freud como Lacan no piensan que la pulsión este dada desde el inicio,

Para ambos hay un proceso difícil, engorroso y en absoluto natural, que para cada bebé se va a verificar o no. Se trata de las arduas nupcias del soma del bebé con el lenguaje. En principio, ni el soma del bebé ni el lenguaje tienen agujero. El soma de todo mamífero pierde, al nacer, las envolturas, placenta y sus anexos, pero sin mediación del lenguaje esto no es vivido en absoluto como pérdida de objetos. (p.40)

Entonces, los bebés nacen con agujeros, que son corporales, es decir, somáticos; a saber: ojos, boca, ano, pabellón auricular, pero estas efracciones, según la autora, no devienen un vacío; para ello lo que se requiere es una base real. Amigo (2018) afirma que se necesita que nazca el soma del bebe y se necesita, además, el Otro, que actúe sobre ese bebé.

De esto se desprende que “incorporar el lenguaje es, en principio, incorporar ese agujero que hace que el lenguaje incorporado sea etéreo, liviano” (Amigo, 2018, p.41). Es en este sentido que la autora afirma que, si el lenguaje es carente de agujero, entonces no podrá ser incorporable. Además, “de esta operatoria, primer trenzado estructurante que transforma al lenguaje en simbólico y al soma en cuerpo, resulta que lo que eran boquetes o desgarros ahora son bordes erógenos” (Amigo, 2018, p.42). Pero, también, hay un residuo, un objeto que cae.

Este *a* es el objeto cuya caída lanza el movimiento de la pulsión, su falta lanza a la pulsión a hacer su *tour*. La pulsión es esa fuerza constante que nace de la fuente, el borde erógeno producido por la caída del objeto, si se realizó con fortuna la alianza del soma con el lenguaje. Como puede seguirse, la pulsión no nace con la venida al mundo del niño, sino que es producto de la primera identificación. (Amigo,2018, p.43)

Ahora bien, Amigo (2018) menciona el concepto de consistencia señalando que Lacan lo introduce tardíamente y, que con el “refiere a la imposibilidad para un sujeto de manejarse sin alguna textura, alguna referencia imaginaria, una superficie homogeneizante para sí. La consistencia, al final de su obra, toma un carácter tan relevante como lo real y lo simbólico” (p.77). Entonces, lo imaginario era aquello carente de agujero que debía ser reducido.

Es solo hacia el final de su enseñanza que la consistencia “texturada”, en trenza, es introducida de la mano del agujero, ya no como imaginario que carecía de tal. Este agujero resulta imprescindible para llevar a cabo cualquier trenzado, trenzado que, una vez terminado, “disimula”, casi hasta hacerlos imperceptibles, los agujeros que permiten realizarlo. (Amigo, 2018, p.77)

“A la adquisición de una textura tal que, basada en el agujero, permita olvidarlo como para sentirse sostenido por una buena trama, Lacan la llamara consistencia” (Amigo, 2018, p.78). De ello se desprende que, el concepto de cuerpo implica, necesariamente, el de consistencia.

Puede notarse aquí, la importancia tanto de lo real, lo imaginario y lo simbólico, en tanto éstos tres registros presentan una estrecha intrincación, metaforizada por el nudo borromeo.

Segundo apartado: Cuerpo y época

El cuerpo en el despertar adolescente

Si bien Freud (1986) habla de la pubertad, se puede caracterizar a la adolescencia como un período de transición hacia lo desconocido, se trata de un cuerpo que no estaba presente antes y con el cual el sujeto debe encontrarse ahora.

La pubertad trae consigo un dolor radical ante la emergencia de una singularidad que no se registra como propia, una íntima alteridad que desaloja al niño *que ya no es* con la vertiginosa irrupción de un cuerpo que no sabe ni puede esperar al *hombre o mujer que todavía no llegó*. (Zabalza, 2018, p. 13)

Se ubica allí cierto momento de pérdida y de iniciación. Esta pérdida lleva al adolescente a vivenciar un proceso de duelo, el cual implica, un trabajo psíquico de elaboración.

Desde la perspectiva psicoanalítica, el duelo está en los albores de la constitución subjetiva del ser hablante: sus consecuencias sellan, determinan y orientan el deseo de una persona, su capacidad de amar y la condición erótica que agita la elección sexual. (Zabalza, 2018, p. 95)

Ahora bien, este proceso elaborativo se realiza sobre varios aspectos de la vida de un púber, a saber, sobre el cuerpo infantil, sobre las relaciones con sus pares, sobre los vínculos con sus padres. Lo que Zabalza (2018) sostiene, en este punto, es que “la tramitación psíquica por la pérdida del objeto se hace en el lugar del Otro, si éste no colabora no hay duelo posible” (p.96).

Entonces, el adolescente dueña su cuerpo de niño y, queda a merced de lo imprevisto. En palabras del autor, “si algo distingue al sujeto adolescente es su vulnerabilidad” (p.13). En este punto, se ubica aquí la angustia que ello es susceptible de producir y, además, puede notarse la importancia otorgada al cuerpo, cuando este afecto sumamente corporal inunda, desborda al yo del adolescente. Se evidencia un yo como sede de la angustia y, un cuerpo que se pone en juego allí, como portador de mensajes dirigidos a un Otro en caso de no poder mediar palabras, es lo que Lacan denomina *Acting out*, aquel recurso del que se dispone contra la angustia.

El *acting* es una patología del acto. En criollo: una dramatización inconsciente que aparece cuando un conflicto en ciernes no alcanza a ser tramitado por la palabra y el monto de angustia se hace intolerable. Se trata de una mostración a la que un sujeto apela para llamar la atención y, de esta manera, hacerse un lugar en el Otro, en este caso: el mundo adulto. (Zabalza, 2018, p.14)

Es decir que, “detrás de los *actings* adolescentes siempre hay un adulto o autoridad que no sabe o no quiere brindar un lugar” (p. 96).

El encuentro con un otro puede ser causa de angustia en este sujeto que aún se encuentra en la antesala de lo que sucederá. El re - encuentro con la sexualidad que suele ser un momento traumático, la irrupción de las pulsiones sexuales que buscan satisfacerse ya no sólo en el cuerpo propio sino también en el de otro que implica, entonces, la elección de un objeto de amor. Todos interrogantes que aún no encuentran respuestas en la incipiente sexualidad.

Como se dijo, Freud (1986) utiliza el término pubertad y, sostiene que con el advenimiento de la misma “se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva” (p. 189). Asimismo, señala una nueva meta sexual para la

pulsión, en otras palabras, es un nuevo cuerpo que implica el coito y la reproducción. Dato no menor como tampoco lo es, el hecho de que, se descubre el deseo propio y el deseo de otros.

Entonces, lo expuesto hasta aquí implica confrontarse con el gran enigma de la sexualidad, que conlleva el interrogante acerca de qué se hace, en tanto no hay instinto que guíe –como en los animales – sino, que cada uno tiene que inventar una manera en tanto el cuerpo es otro.

Su encuentro con los otros cuerpos

En el libro que lleva por título *El cuerpo impactado. Noticias del prójimo en el despertar adolescente*, Zabalza (2018) indica que “el cuerpo nos brinda magníficos ejemplos acerca de cómo opera el borde de la finitud” (p.143). Asimismo, sostiene que, es con aquellos que han tenido un papel relevante en la historia singular del sujeto con quienes éste transita la vida (Zabalza, 2018).

Así, todo intercambio es posible porque hay un borde, desde los fluidos en una relación sexual o la leche que amamanta a un bebé, hasta la voz que suena en el celular, se constituyen como tales en virtud de ese límite que constituye el cuerpo propio y el del Otro. (Zabalza, 2018, p. 143)

Siguiendo con esta línea, Freud (1986) señala los cambios corporales que se producen en la pubertad, pero según el padre del psicoanálisis éstos no son los únicos, ubica también aquellos otros cambios que se producen en la estructuración subjetiva en el mencionado período de la vida, a saber, la importancia de los vínculos entre pares, el interés manifiesto por la sexualidad, la búsqueda y hallazgo de un objeto sexual exogámico, el rechazo de los vínculos y fantasías edípicas.

Contemporáneo al doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas, se consume uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad, el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores, el único que crea la oposición tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua. (Freud, 1987, p. 207)

Se deslinda la necesidad de la salida del mundo endogámico y es, en este punto, donde se comienza a vislumbrar la particular importancia que adquieren los vínculos con aquellos que son considerados pares.

Una búsqueda clave que recaerá sobre el trabajo del adolescente será la construcción de una nueva identidad, a través de rasgos identificatorios. Zabalza (2018) conceptualiza la identificación – operador psíquico por excelencia – en la construcción del semblante:

Tomemos por caso la adolescencia, período especialmente favorable para la formación de vínculos entrañables entre pares en virtud de la mutua necesidad de reconocimiento que esa etapa impone. El sujeto que ha dejado de ser niño y el adulto que todavía no lo es, precisa compartir la dura tarea de construir semblantes con que ordenar el vértigo de impulsos que impone el cuerpo. Ahora bien, un semblante no es lo mismo que una imagen. El semblante supone modos de ubicar el cuerpo que, para bien o mal, determinan cuándo y dónde hablar, qué lugar ocupar en una reunión, la postura corporal, qué decir y qué callar, el uso de la voz, es decir: una construcción que va más allá del reflejo que, con trágico desenlace, fascinó a Narciso. (p.102)

Ahora bien, “son variadas las formas que un púber adopta para asumir el irreversible y traumático paso que implica adquirir una individualidad y no otra” (Zabalza, 2018, p. 13). En la

previa, por ejemplo, mediante el uso del alcohol como si éste otorgara consistencia al semblante, se procura la desinhibición requerida para abordar al Otro sexo, sobre todo en el caso de los varones, y soportar la implacable mirada del Otro, en el caso de las chicas (Zabalza, 2018).

Y es que abordar a una mujer es una prueba de supremo valor para un jovencito que intenta acceder con sus incipientes recursos a la dimensión de la plenitud masculina. Es probable que no haya para un varón – en tanto varón – trance más duro y peligroso. Porque si a la salida de los avatares propios del Complejo de Edipo – a los cinco o seis años – el muchachito tiene algo así como “el título en el bolsillo”, sucede que, al llegar luego a la pubertad, tiene que sacarlo del depósito: demostrar que se es lo suficientemente macho como para ser aceptado por el grupo de pares. Y por el lado de las chicas, se verifica cómo la mirada de la Otra puede descomponer un cuerpo adolescente. (p.151)

En relación a la función amical,

Lejos de reducirse a la mirada que refuerza los estereotipos sociales, el gesto ético (y político) que distingue a la amistad consiste en facilitar la inclusión de la diferencia en el grupo de pares. Esto es: servirse de los emblemas para hacerse un lugar. (Zabalza, 2018, p. 103)

No obstante, la imperiosa necesidad de inclusión adquiere, en algunos casos, matices oscuros y, en este punto, es importante reflexionar acerca de los fenómenos de masa que se pueden suscitar en los grupos de pares, cuando los individuos quedan sumidos en dicha necesidad de pertenecer.

Es evidente la semejanza con lo que plantea Freud acerca de las identificaciones horizontales entre los sujetos sostenidas por un ideal común. En la masa desaparecen las adquisiciones de los individuos y, por lo tanto, su peculiaridad; lo heterogéneo se hunde en lo homogéneo y, por el hecho del número, el individuo adquiere un sentimiento de potencia invencible que le permite entregarse a pulsiones a las que, de estar solo, no se habría atrevido: en la multitud se esfuma el sentimiento de responsabilidad, y el contagio y la sugestión se unen a la merma de rendimiento intelectual experimentada a raíz de esa fusión. (Ons, 2018, p. 64)

En definitiva, el adolescente es quien se encuentra ante un exigente trabajo, que requiere de la elaboración psíquica, para intentar dar cuenta de aquello nuevo que se presenta de modo inexorable en la vida del sujeto, y es en este momento caracterizado por la irrupción del desorden, donde el grupo de pares encuentra un quehacer importante en este proceso de cambio.

El cuerpo del adolescente en la actualidad

Zabalza (2018) subraya el hecho de que los actuales adolescentes son envidiados por la supuesta permisividad que viven y añade al respecto, que ese es un supuesto que hay que cuestionar.

Es que, si en tiempos de Freud la moral victoriana imponía una rígida prohibición al placer, hoy padecemos una represión tanto más sutil y eficaz, a saber: estamos obligados a gozar. Un imperativo cuyo efecto no puede ser otro que la inhibición. (p.14)

En el siglo pasado, los jóvenes sentían una opresión de la cual se querían liberar, hoy en día se puede pensar en cierta urgencia a la satisfacción ilimitada e inmediata que no necesariamente produce la satisfacción buscada.

El imperativo a gozar que rige las coordenadas de la actual subjetividad supone que la ciencia y el capital imponen objetos de consumo con que taponar todo atisbo de angustia o división en el sujeto: entre ellos los artefactos digitales cuya omnipresencia a través de imágenes, datos e información degradan el relato de boca en boca y el lugar de la palabra. (Ons, 2018, p. 123)

A este respecto, surge una pregunta ¿Qué lugar para el deseo en la adolescencia? Se puede pensar en una pérdida de la vía deseante, en tanto falta, en una sociedad que oferta al sujeto los supuestos objetos de satisfacción de modo instantáneo y, además, la pérdida se hace visible en tanto el imperativo a gozar se convierte en un mandato. El adolescente tiene que gozar, debe hacerlo.

En la actualidad, muchos sujetos ya no se sienten representados por los significantes rectores que los nominan en el espacio público que antes señalaban su lugar en lo social, sino por sus maneras particulares de gozar que, inusualmente, se confiesan. Si en la época victoriana el psicoanálisis cuestionaba la pretensión de igualación de los ideales en sus ambiciones totalitarias y hegemónicas, hoy también le compete realizar esa operación respecto del intento de homogeneizar los goces: se los pluraliza, sin duda, pero de cada diversidad se hace un pequeño todo y, al igual que ayer, hoy lo más singular es lo más recóndito. (Ons, 2018, p. 62)

Ons (2018) refiere, además, que “el desfallecimiento de la autoridad corre paralelo con la ausencia de ideas rectoras capaces de orientar a los sujetos” (p.61). De ello se deriva, entonces, según la autora, un estado caracterizado por la fragmentación que provoca la rotura de los lazos sociales. Ahora bien, “que el padre no regule el goce no se debe solo a cuestiones familiares, sino a los imperativos sociales que volatilizan la figura paterna” (Ons, 2018, p.69).

Hasta aquí, el adolescente en el lazo con otros en una época de continua exigencia, que lo social impone como condición para pertenecer. Se deriva de ello, según Zabalza (2018), “la ausencia generalizada de queja, de palabras, historias e interpretaciones” (p.23). Es en este sentido que “la época le exige a la clínica actual una tarea, la de anudar las palabras al cuerpo” (p.24). Y estas palabras pueden ser la palabra propia o la palabra del Otro.

Tercer apartado: El cuerpo en el dispositivo analítico

Función de sostén y desecho

En *El cuerpo del analista* (2017), Amorós indica que, en la obra de Jacques Lacan, se pueden encontrar dos materialidades; a saber: “una, la materialidad significativa; otra, la materialidad del cuerpo. Dos materialidades que se entrecruzan. Señala, además que, a la primera de ellas le corresponde el mito del alfarero, de ese primer alfarero haciendo surgir ex – nihilo la vasija alrededor de un vacío; en tanto que, a la segunda, el mito de la hiladora, la tejedora, que trenzando pacientemente hebras hace nudos” (p. 17).

Para trenzar se requiere de un soporte y al ser la cura una práctica de producción se juega un desecho. Soporte y desecho van de la mano, y se encarnan. Al encarnarse, el desecho es lo que permite que un cuerpo se instrumente sostenido por una voluntad de encarnar ese resto. Ese deseo es el que sostiene la presencia y práctica del analista. (Amorós, 2017, p. 21)

La materialidad significativa es lo que permite pensar que se pueda leer la enunciación; pero, se introduce otra materialidad, “la materialidad es cuerpo” (p. 28). Lo que Lacan está diciendo con dicha introducción, es que la materialidad significativa resulta ser de carácter insuficiente, debido a que no da cuenta de lo que ocurre en la clínica ni con el sufrimiento (Amorós, 2017). Ahora bien, “cuando Lacan dice que la materialidad es del cuerpo, se refiere a la materialidad del cuerpo del nudo” (Amorós, 2017, p. 29).

Entonces, el autor señala que con la manipulación de los cuerpos topológicos abandona el mito del alfarero, la cuestión deja de referirse a la creación ex – nihilo y comienza a trabajar con otro mito, que es el de la tejedora.

Amorós retoma a Winnicott, quien decía que el paciente usa al analista y el analista tiene que dejarse usar. Si el analista se deja usar y sobrevive al uso que el paciente hace, se pasa a otra fase en el análisis que se plantea como la posibilidad de un análisis terminado. En relación a esto último, Amorós señala que “el sostén y la sobrevivencia como objeto van íntimamente ligados; queda depositado algo expulsado desde el campo del sujeto” (p. 85).

El deseo del analista solamente se puede entender si el analista, es decir, su cuerpo se hace objeto de su propio deseo. El deseo del analista no es sino hacerse objeto de ese deseo, de poder sostenerlo; en consonancia con esto último, se afirma que hacerse objeto del deseo implica la instrumentalización del cuerpo propio. (Amorós, 2017, p.94)

El analista tiene que quedar como resto y, el signo de separación será brindado por el paciente. Es el analista quien recibe todas las agresiones que parten del paciente sin devolverlas, porque si lo hiciera, se colocaría como otro espejo y, debido a que no responde en espejo es que puede constituir el campo del Otro (Amorós, 2017). Entonces, “hay un trayecto que se recorre desde el desecho al resto; este último, como tal, no se pone en juego si se rechaza la puesta en juego del desecho” (Amorós, 2017, p.95). Esto implica afirmar, en palabras de Amorós (2017), “que la función del analista tiene que ver con este masoquismo que se hace causa de su propio deseo, condición para que el resto quede del lado del analista” (p.96).

Es introducido el término masoquismo por la dimensión de producción, que implica la puesta en juego del cuerpo, no como imagen, sino como fuerza de producción de goce. Es que, si alguien quiere lo que desea, tiene que trabajar para realizar el deseo; en otras palabras, la realización del deseo implica el masoquismo (Amorós, 2017).

Según este autor, jugar este juego que va del desecho al resto, es lo que debe sostener un analista. “Que el resto se juega en la significación, es claro: como resto que se desplaza. Pero este resto en la significación depende de que el resto se juegue en el cuerpo del analista” (Amorós, 2017, p.96).

Además, el autor refiere que, en una fase de la enseñanza de Lacan se encuentra la promoción de una escritura que no es precipitación del significante, sino que hay una escritura que es más allá, en el cual el significante toma apoyo. Esta otra escritura es una práctica.

Esa práctica es una escritura al modo de surcos que se trazan en un suelo, de hechos – y desechos – que constituyen una escritura. Entender una escritura más allá del significante es ubicarla de esta manera y esto es solidario del concepto de estructura como práctica de goce. (Amorós, 2017, p.114)

Como se mencionó, el resto queda del lado del analista; o sea, el analista está identificado con el resto. El cuerpo del Otro se constituye como resto.

El objeto *a* es uno y es múltiple: es resto y también plus de goce. Para que el objeto *a* pueda ser el plus de goce necesario para constituirse el campo del sujeto, tiene que estar como resto en el campo del Otro. (Amorós, 2017, p. 161)

Esto quiere decir que, hay un goce masoquista de identificarse al resto y, que la posición que toma el analista es la de un deseo de encarnar el resto que queda de las operaciones que se han producido en el transcurso de un análisis (Amorós, 2017).

Entre la ignorancia y la indignidad

“La primera posición del analista es ubicarse como ignorante” (Amorós, 2017, p. 116). Ello debido a que el analista no sabe respecto del goce, y es la posición misma de no saber la que hace a la indignidad, es decir, hace que no se esté a la altura de las circunstancias.

En *Psicoanalistas al teléfono*, Chamorro (2024) señala que, Lacan refiere a la “docta ignorancia”, definida la misma como la función del no saber instalado en la posición del analista. En consonancia con esto, se afirma que, “el analista ejerce esta “docta ignorancia”, implicando un saber supuesto al analista que éste nunca ejerce” (p. 213).

Lo que alguien trae al analista es una práctica que en principio es algo borroso, de límites difusos. El asunto es cómo permitir que a partir de eso borroso algo pueda ir escribiéndose, puedan ir trazándose surcos; o que algo pueda ir tejiéndose, que es otra manera de entender esta escritura de más allá del significante. (Amorós, 2017, p.117)

Entonces, esta escritura, según el autor, es el tejido mismo, es, en definitiva, tomar las hebras y enhebrarlas. Esta es la escritura de más allá del significante.

En esta línea, la posición del analista de tomar a cargo la indignidad, es lo que permite seguir el síntoma. A este respecto, Amorós (2017) se pregunta qué implica esto. Ante esto explica que,

Primero, que el analista no tiene saber respecto del síntoma. El no tener saber respecto del síntoma – del goce que encierra – es lo que permite hacer que la práctica del mismo se despliegue, seguirlo. La práctica, el seguimiento del síntoma siempre nos va a acorralar en algún momento. (Amorós, 2017, p.117)

Es, en los intentos de salir de ese encierro que, se empieza a escribir algo. Entonces, “este es el asunto: hay un inevitable pasaje por la práctica del síntoma” (p.118). El desecho es el síntoma. El síntoma siempre implica al cuerpo, y es el desecho.

Porque el síntoma es lo que todos quieren sacarse de encima. El síntoma pone en juego el desecho y ahí es donde, en determinado momento se produce el encuentro y un desplazamiento; en el analista la posición posibilitadora de este desplazamiento tiene que estar de entrada. Luego, en los avatares de un tratamiento, se jugará de distintas maneras. (Amorós, 2017, p. 119)

Desde esta posición, el analista hace posible que se lleven a cabo los desplazamientos desde el síntoma; ahora bien, es menester para ello que, la posición del analista al inicio sea la posición que al final de la operación será el resto (Amorós, 2017).

“La posición del analista no es de ponerse a pesquisar qué escritura significativa encarna el síntoma, sino qué es de lo que de ese desecho puede hacerse letra” (Amorós, 2017, p.121).

Presencia del analista como superficie de escritura

Lo que Amorós (2017) sostiene es que, “por el lado del que va a escribir, el cuerpo tiene que instrumentalizarse; pero también tiene que constituirse una superficie de escritura, la que podríamos decir que está constituida por un resto” (p.133).

Es en esta línea, que refiere a las primeras operaciones de constitución haciendo alusión a que, es el cuerpo de la madre el que se irá constituyendo como una superficie, en la cual se podrá escribir, en tanto que, el cuerpo del niño es aquel que se irá instrumentalizando. Esto reviste particular importancia, ya que, para que se pueda escribir es condición la existencia de una superficie (Amorós, 2017).

De lo que habla el autor, es de cómo este cuerpo materno se ofrece como superficie, para aquello que será expulsado desde lo que va a ser el campo del sujeto.

Esa superficie de inscripción se hace con el masoquismo. Hay algo del orden de la inmovilidad en el Otro que, entiendo, es lo que Freud trabajó como goce masoquista. Ese goce en la inmovilidad que permite que el cuerpo del Otro se constituya en superficie de inscripción, en superficie de escritura. Hay algo del orden del resto para que se constituya el cuerpo del Otro como superficie de escritura. (Amorós, 2017, p.160)

Nótese aquí la importancia de estas primeras operaciones constitutivas, en tantos éstas, se reproducen en la relación analítica entre el analista y el analizante; es el analista quien, con su cuerpo, puede hacer de superficie de escritura.

Ahora bien, hay un masoquismo del lado del analista y un sadismo del lado del sujeto; y en relación a esto, es que el autor señala la importancia del silencio del analista, en tanto abstención de la palabra, debido a que la respuesta en palabras lleva a la retaliación, que genera siempre mayor agresión. De este modo, Amorós (2017) refiere que “la posición masoquista es lo que permite que su cuerpo se convierta en superficie de escritura, absorbiendo algo del sadismo primitivo expulsado desde el lado del sujeto” (p.134).

El silencio requiere del otro lado un analizante. Con respecto al analizante, Chamorro (2024) indica que:

Es un interpretante de los vacíos, enigmas y oráculos que plantea el analista. Por eso hay que calcular muy bien si hay o no un analizante. Y es crucial verificar si hay alguien dispuesto a

interpretar. Cuando el sujeto interpreta, lo hace siempre con su fantasma, pero eso requiere que el analista deje un vacío en su intervención (p.44)

Es decir, todas las intervenciones que el analista lleva a cabo, en el transcurso de un análisis. implican un vacío y, es allí donde debe interpretar el analizante.

El silencio del analista es estar presente y, además, “el silencio se piensa en todas y cada una de las formas de la interpretación. Todas las interpretaciones que Lacan propone tienen un vacío, tienen lo que podríamos llamar *un silencio*” (Chamorro, 2024, p. 65).

En relación al modo en que el analista habla, Amorós (2017) retoma a Lacan, quien ubica la diferencia entre sentido y significación: el sentido es sexual en tanto que la significación es del amor. “Para Lacan la significación es poética. Porque es una conexión y una sustitución de palabra vacía; no es palabra plena (de sentido). Y sin embargo, esa conexión de palabra a palabra vacía no está desprovista de significación” (p.138).

Además, afirma que la interpretación es poética porque no tiene sentido sexual y que, para los analistas, excluir ese sentido sexual es no explicar el deseo otorgándole un objeto positivo; ello se debe a que, el analista habla restando sentido. “El analista debe hablar como habla la poesía, de otra cosa” (Amorós, 2017, p.140).

A este respecto, en la práctica de lo que se trata es de subrayar una frase, una palabra en tanto que, toda interpretación que tiene más de dos frases es una interpretación que conlleva sentido. Ahora bien, la frase que queda, que precipita sería lo que se denomina la frase sintomática, es el resto de todo el movimiento analítico, es lo que se denomina “el esfuerzo de poesía” (Chamorro, 2024).

Lo mencionado, se encuentra intrínsecamente relacionado con el hecho de que, la abstinencia de dar sentido orienta la práctica. El deseo del analista es la función dedicada al ejercicio de esta práctica singular: Para Chamorro (2024),

La función del deseo del analista, según Lacan, se manifiesta en interpretaciones que siempre dejan un vacío y que no colman de sentido. Se señala algo y se deja un vacío, para que el analizante lo llene con su sentido fantasmático. (p.111)

Entonces, de lo dicho hasta aquí se deriva que, de lo que se trata en la relación entre el analizante y el analista, es de escritura y lectura; y “leer es subrayar un rasgo” (Chamorro, 2024, p.66).

Amorós (2017) refiere que, por supuesto que se habla, pero se trata de una cuestión de escritura. “Si el Fantasma es una práctica, el asunto es cómo el analista puede comenzar lenta y paulatinamente a leer los surcos de esa práctica. Como si estuviesen trazados en el piso, en las formas de hablar también” (p. 159). Es decir, las formas de usar la palabra, porque estas formas hacen también a la significación.

La palabra del analista se va haciendo también con el goce del cuerpo, cómo instrumenta el analista la palabra. Si la instrumenta con el goce del cuerpo, la palabra también va a estar afectada por las operaciones de Inhibición. Cuando digo alguna escritura nueva es que alguien pueda rectificar en algo los surcos de la práctica de goce que es la vida. (Amorós, 2017, p.165)

La noción de cuerpo del analista implica pensar el sostén y el juego en transferencia como una escritura, sobre la cual se apoya el significante.

En el tiempo del tratamiento no podría producirse significación que disuelva el síntoma si no se pusiese en juego la superficie de escritura. Va a haber significación si simultáneamente está en juego la superficie de escritura. Que precisamente es eso, *superficie*. Es esto lo que he llamado *el cuerpo del analista*. (Amorós, 2017, p. 139)

De este modo, la función fundamental es que haya superficie de escritura, porque si la hay entonces se podrá escribir y podrá surgir significación. Sin superficie de escritura, no va a surgir significación.

Si la dimensión de la transferencia como sujeto supuesto al saber nos sirve para pensar el recorrido de la verdad del síntoma, en el caso de la cara desecho se trata de un juego silencioso, sutil, de traspaso, de transferencia de los restos de desecho. (Amorós, 2017, p.175)

Según Amorós (2017) es tarea del analista, seguir aquellos modos en los que el desecho se hace práctica, debido a que es el analista llamado a hacerse cargo, de esa cara de desecho, que tiene todo síntoma, “con un concepto que con Lacan podemos llamar presencia del analista, y que pretendo pensarlo con la noción de cuerpo del analista” (Amorós, 2017, p.175). Es en este punto, donde se plantea un movimiento libidinal producido por la presencia del analista como función.

De acuerdo con Chamorro (2024) la transferencia se gesta a partir de la interpretación, entendida ésta última como la manifestación del deseo del analista. Entonces, la interpretación manifiesta la presencia del analista y, ello se debe a que es una manifestación del inconsciente.

Ahora bien, la interpretación que corresponde a un inconsciente estructurado como un lenguaje, es aquella que se denomina interpretación simbólica. Esta implica el uso de un significante que el analista añade a la palabra del paciente, para desplazar su sentido y así crear un nuevo sentido, abriendo al sujeto a su propia división. “La interpretación simbólica, por tanto, es una manifestación tanto del inconsciente como de la presencia del analista” (Chamorro, 2024, p.47).

Conclusiones

A lo largo de este trabajo, se ha realizado una investigación bibliográfica sobre el estatuto de la noción de cuerpo en el campo psicoanalítico, destacando su centralidad en el edificio teórico. De ello se deriva que, las conceptualizaciones correspondientes a dicho término tendrán sus implicancias en la práctica.

Se ha seleccionado una vasta bibliografía como antecedente, para poder dar cuenta de la complejidad que encierra dicho concepto. Para ello, el punto de partida ha sido el campo de la medicina, desde el cual se deslindó el cuerpo propio del psicoanálisis de lo que es considerado el soma u organismo.

El concepto de pulsión ha sido planteado por el padre del psicoanálisis como un límite entre lo biológico y lo psíquico poniendo en evidencia la relación existente entre ambos.

Además, “lo que dice Freud es que hay algo de la pulsión, del cuerpo y del organismo, que se inscribe en el inconsciente, que deja marcas en el inconsciente y es ahí donde, según Freud, comienza el psicoanálisis” (Chamorro, 2024, p.222).

Se ha plasmado, a través de las ideas fundantes de Sigmund Freud, la idea de cuerpo como el origen y el depositario de los síntomas, entendidos éstos como formas de hablar de ese cuerpo, ahora pulsional; un cuerpo que incluye zonas y objetos, determinado su unidad por el reconocimiento del Otro, que hace de espejo según las elaboraciones de J. Lacan. Un cuerpo que no sólo es imaginario, sino que también implica el registro de lo real y de lo simbólico con su correspondiente anudamiento.

En este recorrido, se hizo mención del síntoma como aquel que habla y que posee un sentido a descifrar. Se ubicó, además, que la particularidad es que existe un síntoma que hace sufrir y que en el sufrimiento dice algo.

En este punto, se describió una posición en la que el sujeto presenta un síntoma y una demanda a partir de éste. A continuación, se sigue haciendo uso de las palabras de Chamorro y se afirma que para que exista un síntoma es fundamental escuchar el relato. A partir de este relato comienzan a emerger los rasgos que permitirán construir el síntoma analítico. “Este es un síntoma de discurso” (Chamorro, 2024, p. 224)

Además, quedó dicho con Amorós, que no se trata de que el analista escuche solamente, sino que se estableció una operación de lectura, que consiste en seguir los trayectos de goce que ocurren en la vida de alguien y cómo se van introduciendo esos trayectos dentro del espacio analítico.

“Y entonces se trata de ver cómo el analista puede ir incorporándose en esos trayectos de goce, pero convirtiéndose a su vez en una superficie de escritura donde se puedan escribir nuevos trayectos, o se puedan escribir otros que quedaron trancos”. (Amorós, 2017, p. 162)

Es menester destacar que, un análisis es donde el movimiento significativo no hace significación, sino que hace escritura, es decir, letras que precipitan del movimiento significativo, escritura que aborda “lo imposible a decir” (Chamorro, 2024). Y esto, es lo que se lee. Se lee para intentar atrapar algo del goce.

Se ubicó en este recorrido, que de lo que se trata el análisis es de una práctica que se funda en la función del deseo del analista y, que el inconsciente es ético, ya que resulta ser relativo al deseo del analista, esto quiere decir que, si no se lo escucha, no hay inconsciente. Aparece si el deseo del analista está en marcha.

Entonces, hay práctica del psicoanálisis y ejercicio del psicoanálisis, y el analista se funda para ese mismo acto.

Se trabajó a lo largo de estas líneas, que la intervención crucial del analista es provocar efectos de división, interpretación simbólica que hace florecer efectos de significación. La

interpretación simbólica, por tanto, es una manifestación tanto del inconsciente como de la presencia del analista. En relación a esto, Chamorro (2024) sostiene que “la presencia del analista es un concepto fundamental que no se refiere a la presencia imaginaria, sino a la transferencia, que es nuestro pilar” (p 72). Como ya se dijo, es la transferencia que gesta la interpretación.

Además, se intentó arribar al hecho de que, la transferencia trasciende los espacios físicos, es decir, no depende la presencia física ni del analista ni del analizante. La escena analítica transita por otros carriles, que han sido los que se han tratado de recorrer a lo largo de estas páginas.

Se expuso hasta aquí, entonces que, la práctica del psicoanálisis es una práctica que, implica la palabra y la voz como aquel vehículo por el cual aquella transita. La voz, como aquel objeto que se juega en el devenir de un análisis.

Es través del desarrollo realizado a partir de la lectura de los autores abordados en el presente escrito, que cabe enunciar al cuerpo, como aquel concepto que invita al cuestionamiento sobre la relación entre analista y analizante, en los tiempos actuales, los cuales se derivan de una contingencia: la pandemia del COVID – 19 acaecida en el año 2020.

Chamorro (2014) trabaja la imagen del analista y del paciente ligados a una voz, a raíz de lo cual presenta el siguiente interrogante ¿Dónde está el cuerpo? Ante este, responde que,

Lacan dice que el objeto *a*, en este caso la voz, es profundamente corporal. Por lo tanto, el cuerpo está en la voz, siendo una de las tantas manifestaciones del cuerpo que no harían imprescindible la presencia del cuerpo imaginario, es decir, del cuerpo reflejado en el espejo. (Chamorro, 2024, p.12)

Para él, la voz es la causa a partir de la cual el sujeto puede desplegar una serie de sentimientos y actos en el transcurso de un análisis.

Se plasmó, además, que el sujeto se divida es condición necesaria para llevar a cabo un análisis. Y se agrega algo más en este punto, dicha división puede ocurrir ya sea, que el análisis se lleve a cabo de manera presencial o de manera virtual. “El psicoanálisis tiene su lugar cuando la palabra está en juego, y no importa por qué medio se hace presente” (Chamorro, 2024, p 11)

Entonces, según este autor, si hay palabra, hay analista convocado y si hay analista convocado, hay allí un cuerpo que se presentifica como aquella superficie de escritura

En síntesis, este trabajo ha mostrado la complejidad de la noción de cuerpo y sus implicancias en la práctica. Es, en este sentido, que emerge la pregunta acerca de si es posible llevar a cabo un tratamiento psicoanalítico mediante el uso de las nuevas tecnologías. ¿Está allí el cuerpo presente? ¿De qué cuerpo se trata? ¿Hay analista y analizante? Ateniéndose a los desarrollos teóricos presentados aquí, se podría aventurar una respuesta, a saber, la práctica del psicoanálisis puede llevarse a cabo haciendo uso de la tecnología, en tanto que, a la luz de las ideas expuestas a lo largo de estas líneas, puede leerse que la presencia física no es un requerimiento indispensable en dicha práctica de discurso.

Para finalizar, se deja escrita una frase que pertenece a Oscar Masotta citado por Chamorro (2024) que ilumina el horizonte del presente trabajo: “Donde hay palabra hay deseo que circula y, por lo tanto, donde hay palabra, un analista tiene un lugar” (p.44).

Referencias bibliográficas

- Amigo, S. (2018). *Clínicas del cuerpo: lo incorporal, el cuerpo, el objeto a*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Cascada de letras.
- Amigo, S. (2019). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Cascada de letras.
- Amorós, O. (2017). *El cuerpo del analista*. Rosario, Argentina: Otro Cauce.
- Chamorro, J. (2024). *Psicoanalistas al teléfono*. Olivos, Argentina: Grama Ediciones.
- Evans, D (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Foucault, M. (2014). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Freud, S. (1979a). El yo y el ello. En *Obras completas, tomo XIX* (pp. 3-74). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1979b). Estudios sobre la histeria. En *Obras completas, tomo II* (pp. 3-194). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1979c). Introducción del narcisismo. En *Obras completas, tomo XIV* (pp. 67-98). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1979d). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras Completas, tomo XIV* (pp. 107-134). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1986). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas, tomo VII* (pp. 111-224). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Lacan, J. (1985). El estadio del espejo como formadora de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos 1* (pp. 86-93). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Nasio, J.D. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Ons, S. (2018). *El cuerpo pornográfico. Marcas y adicciones*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Zabalza, S. (2018). *El cuerpo impactado: Noticias del prójimo en el despertar adolescente*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.